Sección Bibliográfica

LA JUVENTUD EUROPEA Y OTROS ENSAYOS (1)

José Luis Aranguren, catedrático de Etica y Sociología en la Universidad de Madrid, nació en Avila en 1909. Pertenece a una generación de grandes ensayistas españoles —de dentro y de fuera—, de hombres universitarios de pensamiento trabajado y serio. (Aunque de pasada, observemos este gran acontecimiento: el paso de la literatura al ensayo, el que es necesario abordar de modo consciente, con responsabilidad, tratando de cuestiones atañederas a los hombres, no a los entes de ficción. Lo literario, lo creador, en muchos casos, no es sino una manera encubierta de vaguear, porque para ello no se *necesita* más que *genio*. Y los grandes pueblos lo han sido, y lo son, por los pensadores, no por los soñadores, que se desfondan al primer empentón. Las fronteras son difíciles de trazar, pero el *Quijote* o la gran lírica española tienen la máxima jerarquía.)

Los nietos del 98 forman un equipo que garantiza la continuidad del pensamiento hispano, a pesar de tanta presión y de acontecimientos tan desgarradores, en los que la ira suplantó al sosegado razonar y entender. En sociología, en arte, en filosofía, en literatura, en investigación histórica, se podrían citar varias docenas de nombres y obras con las que es necesario y justo contar. No voy a realizar esa nómina aquí, porque hoy vamos por otro camino. Es una admirable cohorte de escritores contra mucho viento y mucha marea, difícilmente —todos— débiles en la inteligencia, aunque no siempre condignos en la acción social. Y esto es muy importante a los efectos de no trivializar en técnica y juego lo que debe ser ejemplo y norma. Quizá la falta de ejemplaridad de algunos intelectuales, amaestrados y obedientes a una doma extramental —cuando dejan de ser intelectuales para reducirse a partidarios—, tenga la culpa de su escasa repercusión y rectoría. Ya sé que para ser digno, sobre todo cuando no es negocio, hace falta más valor que para escribir una página bien tocada o para perseguir animosamente, en la comodidad de un despacho soledoso, temas arriscados o crucigramas lógicos. Pero, de momento, quédese aquí la cosa.

(1) José Luis Aranguren: *La juventud europea y otros ensayos*. Biblioteca Breve, núm. 159. Editorial Seix & Barral. Barcelona, 1961.

El panorama intelectual que sugerimos es muy consolador, aunque esté sumergido por la actualidad caediza, la propaganda, los *gustazos* y las cabezonerías coetáneas, reaccionarios por móviles en ocasiones absurdos, de simpatía o antipatía personal y hasta de regionalismos, aldeanerías y resentimientos, incluso físicos. Un rasgo característico, a mi ver, de los ensayistas es que el instrumental de trabajo—y las preocupaciones, la materia real—está más próximo entre ellos que entre los inmediatamente anteriores, aunque a cada cual le distinga el talento. Gracias al sentido de la realidad desliteraturizadora, las distancias mentales y afectivas se achican, y no sería absurdo ver cómo las líneas se juntan en un futuro no lejano, cuando la accesorio de unos y de otros desaparezca y esplenda lo medular. (En el valiente ensayo de Aranguren *Los católicos en tiempos de secularización* se lee: «Parece un hecho que externamente—y al decir externamente doy a este adverbio una acepción muy amplia, quiero decir externamente al acto de fe—los católicos y los no católicos cada día nos iremos pareciendo más, incluso en nuestros comportamientos culturales y, por supuesto, políticos y sociales.»)

Entre los pensadores actuales no hay ya meros propagandistas, dialécticos de la posición inicial indiscriminada o defensores de intereses o urgencias patrimoniales. Incluso los mejores, a quienes desvió la juventud y unas circunstancias excepcionales, han desechado su parcialidad y andan por un ostracismo dignísimo, sospechados y hasta sospechosos para quienes sólo postulan adhesiones, como ha ocurrido siempre que el intelectual ha sido también un hombre, no un mero proveedor de entretenimientos bicarbonatados para la sobremesa de los poderosos. (A la hora de la verdad, los escritores, las ideas o los libros han servido de parapeto para defenderse de las balas o para disparar contra el prójimo sin demasiado remordimiento, lección que siempre se olvida.)

Quizá—el tema merece ser tratado a fondo—el intelectual esté recobrando su puesto de honor, soledad y crítica, de peligro e intemperie, desilusionado de la política, actividad inferior, aunque resonante y para engañar incautos. Muchas políticas triunfantes, ahora mismo, no tienen porvenir, en tanto el futuro—y el presente, aunque no se vea—es de la inteligencia trabajadora y honesta. Ya no impone el político, como ocurría no hace tanto: el político, a lo sumo, embandera el esfuerzo de todos. Y menos aún apabulla el hombre providencial, el que se enroca en subterfugios trascendentales para descartar la responsabilidad personal e histórica en vida. No es que el intelectual empiece a ser un ente marginal, pues si no opera con la realidad manipula con fastasmas. Y Aristóteles nos enseñó en la *Política* que

quien no pertenece a la comunidad o al Estado, es un animal o un dios. Y como las marginalidades humanas no sean divinas, no queda más que el otro término de la opción. Ya dijo alguien que al hombre, *animal político,* si se le quita lo político se le deja en animal a secas. La política de hoy es parte de la Historia de mañana, y no cabe desconocerla ni dejar de tomar posición, mental en el caso del intelectual, no beligerante y con el as de bastos, la quijada cainita o el hacha de sílex de Altamira u otra caverna menos prestigiosa.

El intelectual inteligente—no el mero erudito o el que escribe por escribir o comer—va teniendo conciencia de su puesto en la sociedad, de su misión moral, de su humildad sagrada que no prevarica, en cuanto se le alcanza. Merced a los descubrimientos científicos, a los avances sociológicos y éticos—aún no puestos en práctica—, el político empieza a desmitificarse y a colocarse en el mundo de todos. (No es un hecho baladí la colegiación de la rectoría política y el apeo del culto a la personalidad, sucesos que suponen una entrada en razón y un síntoma del estado espiritual de nuestro tiempo.) El intelectual debe ser más hombre de cruz que de botafumeiro. Al final no se puede pasar la barrera del halago, y se cae en desgracia, pero sucio. ¿Por qué no ir por un sendero menos cómodo en lo físico y más exhibible y compartido en lo moral? Las especulaciones que no sirven al mejoramiento de los hombres «vivos y efectivos» pueden acabar en funambulismo inoperante, en pasto para matar el tiempo.

Respecto a la relación intelectual-Poder, podríamos citar las nobilísimas palabras de Henri Poincaré en *El valor de la ciencia* (II, cap. V, Col. «Austral»), referido al binomio ciencia-riqueza: «Las gentes prácticas reclaman de nosotros solamente el medio de ganar dinero. Esas no merecen que se les responda; más bien convendría preguntarles para qué acumular tantas riquezas, y si para tener tiempo de adquirirlas es necesario despreciar el arte y la ciencia, únicos que nos dotan de almas capaces de gozarlas, *et propter vitam vivendi perdere causa* (Juvenal, *Sátiras,* VIII, 84: *Para vivir, renunciar a lo que es razón del vivir).* Esto es: despojarse del hombre, perjurar de la sagrada condición humana, o lo que es igual: a la libertad en el orden del entendimiento amoroso. Creo que convendría que los intelectuales se hicieran problema de su condición y postura consecuente, sin dejarse llevar por ruegos femeninos, neveras, casas de campo, comodidades tecnológicas e incluso confinamientos, que no hay que buscar, pero tampoco temer: el santo no provoca el martirio—eso es suicidio—, mas no lo rehuye, y menos a un precio que no vale la vida, si se presenta la ocasión. Como el héroe. Y de ambos tiene algo el intelectual, o se queda en máquina pensante o en bufón y cómplice.

Estas consideraciones no creo que sean inoportunas con ocasión de *La juventud europea y otros ensayos*. Algo de lo que les pasa a los jóvenes de hoy, aunque el asunto sea más complejo, es la falta de maestros, el ejemplo moral. Y no se nos olvide que respondemos de las dolencias del prójimo, aunque no queramos: hay una responsabilidad convivente por acción u omisión. El profesor, el intelectual —y los demás estamentos sociales, altos y bajos—, han desertado en los momentos solemnes en los que era preciso revalidar el título hasta el derramamiento de la propia sangre, la vitalidad de las convicciones y de los escritos. Ante la barbarie, lo general ha sido la adulación, o en caso extremo, el cómodo silencio, el refinado exilio del que no quiere mancharse. (Sé que exagero al generalizar, y dejo a salvo muchos casos nobles; tantos, que merced a ellos hay esperanza. Aunque el escándalo sea más notorio, la sociedad actual tiene salvación y desembocadura histórica gracias al decoro anónimo de las verdaderas madres, a pesar del guirigay de las zorras.) Recuerdo que un profesor de la Universidad de Madrid dedicaba un libro a su maestro con las siguientes palabras: «A don Adolfo Posada. Maestro en la doctrina. Maestro en la conducta.» Luego el agradecido discípulo se dedicó a menesteres profesionales mejor retribuídos que la ciencia. Hoy, ya muerto, se va olvidando su presencia terrenal, sin asidero de obras, y no se pudo llevar los relumbres o el oro de por acá.

¿Qué debemos a nuestros educadores, a nuestros padres, a quienes nos han formado? ¿Qué hemos enseñado, que no venga en los libros, a nuestros sucesores? Porque, en principio, la juventud es irresponsable en tanto en cuanto no se ha hecho a sí misma ni decide de la vida de la sociedad. ¿Qué ha visto la juventud actual en sus casas, en las escuelas y en los centros docentes, en la calle, en los espectáculos, en la prensa? ¿Qué se les ha dicho acerca de sus reacciones ante los problemas diarios, ante la convivencia? ¿Qué concordancia o discordia —y anda en medio el corazón— existe entre lo que se les predica y la realidad? Porque de esa conformidad o discrepancia escandalosa nace el asentimiento o el repudio juvenil. Y si el joven se desilusiona, ¿cómo se va a comportar? Don Quijote, cuando despierta, se muere. Almas de menos gálibo, cuando se las engaña se encanallan o se materializan y pasan por todo, activa o pasivamente, desde el sometimiento capón al crimen. ¿No ha visto la juventud europea, en una u otra medida, demasiadas antinomias e inmoralidades, turbadoras contradicciones? La juventud actual sabe que sus padres han sido vejados, hasta muertos, por ser fieles a unos principios vigentes hasta el momento de la violencia, justos hasta ser suplantados por la legalidad de la fuerza. La juventud ve el ascenso del armado o del enri-

quecido al margen de la norma. Y se escandaliza, se desmorona. ¿A quién recurre, para qué, si los padres han sido desacralizados, convertidos en unos pobres guiñapos por una realidad bárbara y falsa, contrahecha, violentada? Y si le aparece el dinero, obtenido como sea, tal la única salvación. ¿Dónde están los maestros, los que no tiemblan, los que no adulan, los que no se aprovechan, los que toman la cicuta, los que saben y lo transmiten? ¿Cómo contestamos a estas preguntas en la soledad amarga de la conciencia? Es cierto que la juventud es un hecho social que está ahí, pero también es justo no olvidar nuestra parte de culpa en esa obra. ¿Podemos sostener la mirada a los jóvenes, confortarles con nuestra presencia y nuestra mano amiga en el hombro? ¿Podemos explicar en público cómo y de qué vivimos, cuál es nuestra tarea?

«Este libro —nos dice su autor—, aun cuando compuesto de nueve artículos diferentes, está interiormente muy trabado. El estudio con que se abre se refiere a los jóvenes de hoy, es decir, a los hombres de mañana. Le siguen tres ensayos concernientes al porvenir inminente del catolicismo y los católicos. Otros tres artículos tratan del tema del nuevo humanismo y de las nuevas humanidades. Y el volumen se cierra con sendos trabajos dedicados a Alemania e Italia.» Temas, como se ve, de importancia. ¿Cómo se cumple el ofrecimiento de Aranguren? Parcialmente, sin más remedio, porque no se nos explica qué sea el hombre español, cómo será cumplidamente hombre el joven de hoy, cuáles son las características de la sociedad que nos acoge o rechaza y los desajustes o encajes del hombre que vive en ella. Incluso, ¿es posible ser hombre de momento? ¿Tiene espera el ser? Claro que Aranguren no se ha propuesto —no es posible en 200 páginas— resolver estas cuestiones, sino exponer hechos, juicios y, sobre todo, creo yo, encarar al hombre maduro con esa ineludible y tremenda realidad de la juventud de hoy, menos libre que la nuestra, que estuvo más politizada que la que nos precedió. Claro que mi juventud, la de los nacidos alrededor de 1915, se desarrolla en un mundo que con la primera guerra mundial del 14 al 18 cierra el período romántico de la política internacional y el feudal de muchas políticas nacionales —el liberalismo teórico en un ambiente medieval—, ve la primera huelga social en España —1917—, la guerra de Africa —y aun las guerras—, en la Península Ibérica, con la dictadura de Primo de Rivera; el fin de una Monarquía multisecular, el advenimiento de la segunda República —tan mal estudiada—, la guerra civil, la segunda guerra mundial, la redistribución de la potencialidad mundial, el fin del colonialismo... Y el cambio radical en la ciencia, la rehumanización del arte... La posibilidad y el terror atómico... Claro que estas enu-

meraciones, tan incompletas, no dan idea cabal del tiempo, entre otras cosas, porque nadie vive en días de nadie. La juventud de entonces estaba en la calle; hizo una guerra con varia fortuna, y todavía buscaba el honor de la investigación, la gloria del nombre, la obra bien hecha. Aún el hombre era algo sagrado para el hombre. Era una generación con autoridad paterna y maestros en las aulas. Todavía el orden y la ley eran acatados y no impuestos o al servicio de parcialidades. La violencia —prueba irrecusable, la guerra civil española— ya andaba suelta y llegaban las pistolas a los claustros universitarios, como el peor libro de texto. Pero no se crea que eran fuerzas azarosas o desatadas: el tiempo estaba cambiando —había cambiado— y los intereses chocaban debajo de la dialéctica. Para detener el tiempo se luchaba, y se contendía por esferas de poder, riqueza o influencia. Y este sector social arrastró a la tragedia a los demás sectores, como probará el futuro con evidente contundencia, cuando ya no podamos hacer nada los unos y los otros para que los que tienen ojos vean. Esta juventud mía, en la que coincidieron varias generaciones —los hombres no se relevan, sino con la muerte—, es la que, en alguna proporción, encabeza la sociedad, llena los huecos o los mantiene contra toda ley permanente. (¿Cuántos actúan, de una generación, en tiempos normales? Esta apreciación puede dar muchas explicaciones. ¿Quiénes mandan, los viejos, los jóvenes, los maduros, las mujeres, los hombres, los de acción, los de pensamiento, los poderosos, los desvalidos, los más, los menos? Contestar a estas preguntas es muy útil y aclaratorio.)

Para Aranguren, la juventud actual es una incógnita respecto al futuro, pues el reaccionarismo paternalista teme que no vaya a ser como desea. Yo aseguraría que ya no lo es: la juventud de hoy, amasada para la conformidad y el amén, educada para que dé unas premisas, se desprendan unas consecuencias, ha resultado disconforme, escéptica, materialista, descreída y sin barreras sociales o continencias sexuales, en general. (Véase, en lo que tenga de real y no de anécdota particular, *El curso,* esquema novelesco de Payno, universitario muy joven. Claro que esto no se puede hacer extensivo sin grave riesgo de equivocarse, pero nadie de mi generación hubiese podido escribir una obra así.)

De este panorama descrito se deriva una confusión de clases, un signo comunitario del tiempo, que no tiene por qué ser amorfo. Otra característica es la rebeldía, manifestada de modo específico por falta de expresión política: el llamado gamberrismo. Y debemos decir que la protesta palmaria juvenil tiene toda la razón: se encuentra todas las puertas cerradas en nombre de unos ideales sagrados, eternos e

inconmovibles, que a ella no se le manifiestan respetables. «La característica de la actual juventud es el desplome de los ideales, la desilusión y, consecuentemente, en mayor o menor grado, el escepticismo.» ¿Qué juventud, la universitaria, la campesina, la industrial de las grandes ciudades? Porque siguen pesando las barreras económico-culturales. Resulta preocupador que no haya posibilidad seria de saber cómo piensan nuestros jóvenes, que mienten por temor, a los que no se les pregunta, a los que únicamente se les manda, como si se tratase de deficientes mentales o de reclutas. Nuestra falta de información —y el exceso tergiversador— es aterradora, y cuanto gana el orden público actual lo pierde la convivencia futura. «Generación —escribe Aranguren al hablar de la europea; yo me refiero más a la española, que no se moldea sobre los mismos supuestos historicosociológicos—, en resumen, escéptica, realista, inclinada a lo concreto, positivo y privado, útilitario, funcional, técnico y, en el sentido que se acaba de explicar, adulta como pretensión de madurez y prudencia, y de ser *sui iuris*.»

Otro rasgo juvenil de hoy es el repliegue a lo privado, por desistimiento del heroísmo bélico en provecho del de todos los días: más familia que nación, más Europa que patria, superación de los nacionalismos, aunque los diversos países estén en distinto grado de evolución. (Aranguren sigue más bien, y lo generaliza, con peligro, a nuestro ver, el *rapport* nacional redactado en 1957 por el Institut Français d'Opinion Publique, de París, acerca de la *nouvelle vague*.) En cuanto a la moral, la tendencia es a jugar limpio, a tener seguridad en las relaciones, a nivelar la conducta, sin excepciones. No lo niego, mas ¿cómo se casa esta *mediocridad* generalizada con el egoísmo, la insolidaridad, el aislamiento, el desfonde de tantos jóvenes que no ven más que lo cómodo, lo seguro? No confundamos la uniformidad —o nivelación o igualamiento— externa de la sociedad actual, en conjunto, y la de la juventud en particular, nacida de las conquistas y de la extensión técnica, con el color del sentimiento. Las gentes se parecen mucho más que nunca a los sentidos, si callan, merced al traje y a las maneras perceptibles, a sus diversiones, pero se diferencian en cuanto hablan y actúan. Y esa distancia nace de una injusticia social, de los monopolios de unos y de las carencias de otros. De momento todo está contenido por la tensión atómica mundial, como si se hubiese estabilizado la vida en el temor. Mas un día se producirá la paz, y esa tensión energética de hoy tendrá que desplazarse, ponerse en movimiento, e impondrá cambios radicales, ya conseguidos en lo teórico y científico, a falta de legalización social.

Creo que el de la juventud es el ensayo capital del libro de Aranguren, aun en ámbito europeo, es decir, mutilando la historia de hoy,

que por primera vez y desde hace pocos años—ése es otro de los factores de inseguridad del tiempo—empieza a ser universal. El problema del catolicismo, paradójicamente a su nombre, es un asunto particular de unos pueblos identificados con formas de vida específica que todavía no ha realizado su universalidad. Lo religioso—quizá todo—se hace más íntimo, no da la tónica social, tal vez por la secularización de la vida, que apela a lo común, a instancias más inmediatas. De todos modos, estos ensayos católicos tienen valor testimonial, en principio, porque no se puede reclamar un trato de favor como católico en cuanto al Poder, la riqueza, la posición social. Ser católico en España, para algunos, es la gran inversión, puesto que se han profesionalizado. Mas para el hombre sincero, el que siente su dimensión y su desgarramiento religioso, comienza a ser heroico, porque supone discrepancias dolorosas con tantos aspectos del vivir como se han desustanciado. El forcejeo es dramático y respetable. He aquí algunas precisiones de Aranguren sobre el asunto: «En el mundo, hasta cierto punto; en España, desde luego, el católico ha vivido durante unos decenios triunfalmente. Es de temer que le aceche un futuro bastante menos confortable. Por si acaso, no será malo irse haciendo a la idea.» («El intelectual católico del futuro.») O estas otras palabras del ensayo «El católico en tiempo de secularización»: «Un sentido positivo y realista tiende a prevalecer en el ámbito religioso, igual que en todos los demás.» Refiriéndose a *cómo* se es católico en España, escribe, después de destacar el carácter bélico, constante, de nuestro catolicismo: «La verdad es que hace unos años todo el pensamiento que se exteriorizaba en España era católico, de una u otra tendencia. [Se refiere a después de la guerra civil.] Hoy ya no puede decirse lo mismo. La catolización huera, meramente retórica, de las grandes palabras, también ciertos compromisos y determinadas alianzas, así como el carácter burgués, sin sentido social, del bloque del catolicismo español, han apartado durante estos últimos años y continúan apartando a muchos jóvenes del catolicismo.» («El porvenir del catolicismo español.» Este ensayo es una felicísima síntesis de la historia de nuestro catolicismo, bélico y nacionalista, más papista que el Papa, realizado con toda valentía y probidad intelectual, digno de meditación y diálogo.)

Las urentes meditaciones desde España sobre el catolicismo se recogen en los ensayos citados, ya de títulos muy cargados de electricidad y polémica, y más en tiempos sin fronteras ni estancamientos, de interinfluencias casi atenidas a la física más que a la ética, cuando la inestabilidad—el cambio en el que vamos instalados—se manifiesta en la cotidiana expresión de «fluidez internacional». O lo que es lo mismo: inseguridad, pues no sabemos si lo de hoy habrá mudado

mañana, entendido como plazo de veinticuatro horas. Estamos cambiando, ¿para bien o para mal? Estas expresiones morales no tienen sentido ante lo inexorable, que no es bueno ni malo en principio: es. Vivimos sobre un fundamento movedizo, y de ahí el sobresalto. Pero vamos a un nuevo lugar, a una nueva estabilidad, si llegamos, que alguien arribará. Los grandes mitos han revelado su oquedad y provisionalidad, y no se puede vivir en falso, aunque lo estemos haciendo en peligro.

Aranguren, con probidad intelectual, cumple en su obra, titulada con el trabajo más urgente, con lo que prometió en sus palabras prologales: «Libro, pues, que desde el presente mira hacia el futuro: futuro del hombre, futuro del católico, futuro de algunos países, de España ante todo. Futuro considerado en todos los trabajos desde un punto de vista predominantemente social.» Partiendo del hombre concreto que es el autor, convivente con otros hombres concretos en una sociedad nacional y universal en un estadio histórico determinado, averigua, atento a sus orígenes —al pasado—, lo que le espera al hombre de hoy en un mundo que se dirige hacia otras formas de vida y comunidad. Aranguren es un pensador —moralista, hombre de quehacer práctico nacido de una previa teoría—, un español católico —pero no a la española tópica—, que se mira a sí, se encara con su contorno vital, somete a prueba sus convicciones y la circunstancia en que vive, y pregunta. Y lo hace desde su irrenunciable personalidad, patria y tiempo. Del libro de Aranguren, muy problemático, muy sugeridor, salimos más aclarados, con más respeto por la vida del semejante que coincide o disiente, pero que no nos fulmina o degrada por ser como somos. Con Aranguren y su pensamiento se puede conversar y aspirar a entenderse. Esto importa muchísimo, y más en tierra de sordos, donde nadie oye, donde la sentencia precede al juicio. Si coincidiésemos totalmente llegaríamos a una *confusión* en la unidad, que haría innecesario al otro, impidiendo toda vida histórica. Discrepamos porque somos. Ahora bien, esa discrepancia, *conciencia situada,* punto de vista, no presupone que sobra el que no asiente con obediencia de cadáver. (Quizá parezca absurdo esto a quien no sepa a cuántos dolores, cerrilismos, cabezonerías e injusticias aludo. Porque de la antinomia propugnada por algún *pensador,* «amigo-enemigo», no se desemboca más que en la destrucción del contrario, en el apeo de la moral y del derecho, en la santificación de la brutalidad o de los intereses de este cochino y maravilloso mundo.)

Aranguren es una cabeza pensante de hoy que contribuye a permitir un futuro a la altura del hombre español, calificación que no se opone a ningún otro tipo humano de hombría, sino que la completa

y se redondea en ella. Sus ensayos de ahora, tan sugerentes, bien arquitecturados, espléndidamente escritos, pueden llevar mucha paz a sus lectores, sobre todo a los jóvenes, su gran preocupación: Aranguren es profesor de juventudes, preparador de mañanas. Y esa responsabilidad del catedrático, del universitario, del buen escritor, del pensador con pensamiento propio e información precisa, se traslucen en estas páginas tan humanizadas, tan valiosas y con aire bondadoso entre líneas. Aranguren escribe desde hoy mirando hacia el acorralado porvenir, como nos dice, sin renunciar al inevitable —¿cómo?— pasado, pero sin aferrarse a él, que ya tuvo su oportunidad; sin caminar de espaldas, sin egoísmo ni vinculación a posturas que no se pueden defender en mitad de la calle y con testigos libres. (O proclamar en el sagrado ámbito de la cátedra, que a tanto obliga a los profesores auténticos, no a los comerciantes de la ciencia o a los castracerebros.) En el fondo, todas las inquisiciones de Aranguren, su variedad meditadora, gira en torno a un tema: responsabilidad del intelectual de hoy. Y más concretamente, en su caso: responsabilidad del intelectual católico de hoy. Y Aranguren no confunde los mandatos de la razón —y de la fe— con las conveniencias particulares que se cotizan en Bolsa o tienen puesto propio en las notas de *sociedad,* que no son la sociedad. (Porque hay gentes que confunde su caso con el de todos, y cuando ellos no «lo pasan a modo», dicen que el país es muy aburrido, y al revés.) El patético problema de Aranguren es: ¿se puede ser católico hoy? Esta es su gran pregunta, que él contesta afirmativamente, pues los deberes son más irrenunciables que los derechos para el noble y el creyente. Ahora, contesta con tal limpieza, que puede hacerse sospechoso o rebelde para los apegados a las formas inviables no ya por desarrollo histórico, sino por doctrina estricta. (Todos conocemos a quiénes, católicos o no, sólo saben *ganar.)* En sus *visiones* sobre Italia escribe en un tenso entre paréntesis: «Tal parece el signo de nosotros, los católicos, en la época moderna: llegar tarde.»

En otro aspecto —véase el precioso ensayo «El ocio y la diversión en la ciudad»—, los giros y temas de Aranguren en este libro se refieren al hombre en peligro de masificación, devaluada su humanidad, tan a pique de corrupción por presiones invencibles: el Estado, el maquinismo, la técnica, la diversión, la falta de ocio, revelador de sí mismo. Pero en Aranguren hay esperanza, razonable esperanza, lógica esperanza si se parte de unas premisas, que no siempre son demasiado reales. Esperanza en la especie humana, sí, pero ¿y el individuo, el incanjeable, tú, él, yo, nosotros, vosotros y ellos, que no tenemos demasiada espera, que no podemos aguardarnos a verlo? Yo también creo —quien trabaja fuera de la animalidad, para algo más que subsis-

tir e ir tirando, tiene fe—, aunque a veces la urgencia o la fatiga se nos suba a la pluma, al grito: ¿estaremos mañana? Ya sé que «hoy es siempre todavía», mas no todas las horas lo son de serenidad y de entendimiento. (¡La lucha por el sosiego para ser uno, la defensa de la intimidad para poder servir al prójimo, el combate con la fatiga del ganapán que somos, sin tiempo para lo principal, secundario ante el decoro!) Y desde situaciones poco o nada cómodas vemos cómo nos quitan el nombre, cómo se viene la leñosidad y la monotonía, petrefactándonos, en palabra de Ortega. Es verdad «que toda cultura de trabajo es siempre ética», y que el arte, si no es necesario—vida de uno—, es una evasión, y más cuando se pone al servicio de lo peor: el dinero, la vanidad, la fórmula que se industrializa. Pero el trabajo más allá de la capacidad embrutece, sólo saca sangre inútil, mecaniza, impide la obra cumplidora. El trabajo material, el que produce cosas que se ven, se tocan, sirven, no es malo para el intelectual—al menos como doma de la estupidez o de la soberbia, el gran peligro—, cuando le descansa, cuando puede pasar de uno a otro libremente. Mas no es así en nuestra sociedad real, de momento. El problema es: el hombre —casi todos los hombres—no es libre debido a una organización social antinatural y esclavista—y sensual—, en una forma u otra. Lo grave es que la esclavitud actual no da filosofía de Platón ni versos de Horacio—tampoco estas obras la justifican, cuidado—, sino dividendos, juergueo, ociosidad encanallada a unos cuantos herederos.—RAMÓN DE GARCIASOL.

J. ROF CARBALLO: *Niño, familia y sociedad.* Madrid, 1960.

Entre los quehaceres médicos, hay uno que se relaciona más con la enfermedad como fenómeno *histórico* que con la enfermedad como hecho *natural.*

Los médicos que desarrollan este quehacer determinado han de tomar contacto con la existencia del enfermo—su postura ante el mundo y ante los demás—, pero, sobre todo, han de fundar su tratamiento sobre una previa teoría, más o menos filosófica, del ser humano. Por eso suelen ser sensibles a la Filosofía, la Literatura, la Música, etcétera; suelen ser escritores además.

Y precisamente por esta cercanía de su quehacer a estas materias, les amenaza continuamente la falsedad y el «camelo».

Rof Carballo nos produce una impresión que le inmuniza contra esos peligros: *seriedad.*

impulso del niño a buscar apoyo para su vida indefensa e inválida; también del impulso de los padres a unirse al niño para compensar ciertas tendencias insatisfechas.

La tendencia fusiva es una tendencia *sexual*—no precisamente *genital*—. La familia debe procurar entonces des-sexualizar al niño: «proporcionar a éste límites netos, permitir su separación de la unión simbiótica o madrepórica».

Porque no hemos de perder de vista que el niño ha de hacerse cargo de la realidad con decisiones, con su libertad. La autonomía del ser incipiente ha de ser objeto de un «cuidado» especial. La madre—digamos, la familia—logra, para el niño: «por un lado, en el cuerpo, un cierto estilo en la estructura neurofisiológica; por el otro, en el mundo de este mismo hombre, una determinada manera o estilo de recortar la realidad, de hacerse cargo de ella».

No sólo eso. El hombre ha de vivir en soledad, en «esa soledad que para el hombre es necesaria: para crecer, para madurar, para crear, para estar con Dios, para morir». Por ello la madre debe proteger al niño para que no se angustie; pero no debe estorbar su autonomía y su soledad radical: debe procurar que se desarrolle progresivamente y al amparo de su protección.—ROMANO GARCÍA.

JULIÁN MARÍAS: *Los españoles*. «Revista de Occidente».—Madrid, 1962; 358 páginas.

Julián Marías vuelve a obsequiarnos ahora con otra publicación. Bien es cierto que se trata de una recopilación de artículos publicados en revistas extranjeras, como el mismo autor confiesa, pero aún así nos complace el ver reunidos en un solo volumen una serie de temas cuyo vínculo común es el tratar de España, de sus problemas y de algunos españoles egregios, como Jovellanos, Moratín, Menéndez Pidal y Gregorio Marañón.

Si queremos plasmar el tono vital de esta obra de Julián Marías podríamos resumirla en las siguientes palabras: optimismo, en lo que respecta al porvenir histórico y cultural de España. Con ello Julián Marías no hace más que recoger la antorcha que le legó su genial maestro Ortega y Gasset, que, a pesar de lo que algunos dicen, fué ante todo un optimista de la realidad histórico-cultural de España y, por tanto, un gran patriota. Julián Marías no cree, en efecto, que podamos hablar con justicia de una decadencia de la cultura española a partir del año 1939. Con ello se opone a los que piensan que el plan vital de la generación del 98 se ha extinguido por completo al subir

el régimen actual al poder. Los que así piensan sufren un error de perspectiva. No se dan cuenta, en primer lugar, del gran número de publicaciones literarias que se están produciendo actualmente en España ni de que hoy contamos con un gran número de valores jóvenes que continúan la labor de los representantes de la generación del 98. De los artículos recopilados en *Los españoles* tenemos, pues, que entresacar, por su mayor actualidad, los siguientes: «España contemporánea en la cultura universal», «Veinte años de vida intelectual española», «El horizonte intelectual de España» y «La situación actual de la inteligencia en España». El *leit motiv* de estos cuatro artículos —lo volvemos a repetir— es la afirmación de que España ha dado frutos importantes al acervo cultural de Occidente, y que sigue dando estos frutos.

Mención especial merecen los artículos dedicados a Hispanoamérica: «Promesa y riesgo de Hispanoamérica» y «Carta abierta a la opinión americana». Dado el carácter de esta revista, vamos a insistir en estos artículos. En el primero de ellos, «Promesa y riesgo de Hispanoamérica», la tesis del autor es la siguiente: Hispanoamérica es una realidad problemática. Julián Marías afirma que es «optimista respecto a las posibilidades; pesimista, respecto a la realidad». Esto quiere decir «que tanto España como Hispanoamérica podrían estar en forma y en condición ampliamente satisfactoria dentro de pocos años, si se hicieran unas cuantas cosas que probablemente no se querrán hacer». Uno de los obstáculos que se oponen a que esta posibilidad pase de la potencia al acto es la táctica, tan querida a los hispanoamericanos, de no enfrentarse valientemente con los problemas. Es una táctica «de avestruz» o, para emplear el lenguaje de Julián Marías, recogido de Ortega, como «los teros de la Pampa, que en un lado pegan los gritos y en otro ponen los huevos», citando el poema de Hernández. Esto se manifiesta como un latinismo de matiz chauvinista, que achaca todos los males de Hispanoamérica a los Estados Unidos, en vez de achacárselos a sus propias deficiencias internas. Otro *handicap* es la falta de solidaridad entre las Repúblicas americanas, que hace que cada una de ellas intente «destacarse» de las demás, en el sentido de «no tener que ver con ellas». Finalmente, el abismo que existe entre la población de origen blanco y la población india o, mejor dicho, «amerindia». Como dice el autor. «Para mí no cabe duda de que una de las grandes empresas de Hispanoamérica, si no la mayor, es la plena incorporación de sus porciones indias al nivel de lo que en la segunda mitad del siglo XX se entiende por *humano,* y, por tanto, a la existencia histórica. Mientras esto no se haga, no sólo pesará una tremenda culpa —aquí sí se trata de culpa— sobre esas sociedades, sino que será imposible que empiecen a navegar por el mar abierto. Las formas de «esclavitud» de esas porciones de

América —esclavitud económica, educativa, lingüística, política— se vengan sin intervención de la voluntad de nadie condenando a servidumbre a las sociedades que la mantienen.»

La panacea de todos estos males es una «solidaridad activa, competitiva, fraternal, polémica, hecha de rivalidad y exigencia mutua... Rigor y no complicidad, ésta debiera ser nuestra consigna común. Sólo así podría organizarse una *orquesta hispánica,* que sería una pieza mayor de este mundo complejo e inseguro que nos ha tocado habitar. Apenas puedo imaginar una contribución mayor y más fecunda al verdadero tema de nuestro tiempo, que es la organización del Occidente».

En conclusión, *Los españoles,* de Julián Marías, apunta más a lo español que a los españoles. Es una obra de Hispanidad, de buena Hispanidad.—ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

BLUNDEN GODFRY: *Australia, pueblo y costumbres.* Ediciones Sayma. Barcelona, 1961; 159 páginas + láminas intercaladas.

Australia representa para la ciencia uno de los países más interesantes del globo. Lo es para la Zoología y para la Botánica, por su riqueza en «fósiles vivientes» (kanguros, ornitorrinco, eucalipto, etc.). Lo es también para la Etnología, por la existencia de los *filiums* más arcaicos de la actual especie humana: las tribus australianas. Australia es, además, un continente rico en contrastes: desde las costas del norte de Queensland, de lujuriante vegetación tropical, se pasa a la Australia occidental, y del norte, árido desierto, sin olvidar Nueva Gales del sur y Victoria, ricas en cereales y pastos. A este cuadro tenemos que añadir la Australia industrial y la minera.

La obra de Godfry Blunden viene a plasmar en unos rápidos brochazos el paisaje de una Australia, al que se pinta desde todas las perspectivas posibles: la geográfica, la política, la botánico-zoológica, la antropológica y la económica. En 157 páginas se completa y se perfila el cuadro que todos teníamos de Australia a través de la Geografía del Bachiller y (¿por qué no reconocerlo?) las lecturas de Emilio Salgari. Y esto lo consigue sin sacrificar a la amenidad la precisión.

Creemos, por otra parte, que la edición de *Australia, pueblo y costumbres* (el subtítulo de la traducción española limita excesivamente el alcance del contenido, e incluso hace pensar en un librito de folklore) es oportuna, dado el interés con que el Gobierno de aquel país acoge la inmigración. El problema de Australia es precisamente éste, y no la

falta de agua, como han pretendido algunos: un exceso de posibilidades para una población que no excede los 10 millones. Australia constituye, pues, un rotundo mentís a Malthus.—ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA: *Mar de fondo.* Biblioteca de Escritores Caldenses. Volumen VIII. Manizales (Colombia), 1961.

Por muy diferentes, pero siempre justas razones, el nombre de Oscar Echeverri Mejía está en continua danza dentro de las páginas de esta revista. Unas veces son sus ensayos; otras, las primacías de su poesía; en ocasiones, el agudo comentario sobre los libros de mayor resonancia hispanoamericana; ahora, aunque no sea él directamente el que hable, es necesario dar resonancia a su nombre por una reciente publicación de algunos de sus más hondos poemas.

Su nuevo libro se titula *Mar de fondo,* y según el prologuista, Adel López Gómez, «está hecho con el misterio indecible, con el maravilloso estremecimiento del mar sentido y presentido». El mar, que antes de llegar a la poesía, «estaba en el poeta, en la magia de una emoción recóndita que venía desde las remotas playas del ancestro».

El mar, para Oscar Echeverri, hombre de tierra adentro, ha sido antes que nada anticipada intuición o quizá sugerencia de esa poderosa marea geológica que se petrificó en la cordillera andina. Un mar con conversación de gigantesco bosque desde la lejanía, como enseña Rafael Alberti, discípulo del Atlántico, de cuyas enseñanzas goza asimismo Oscar Echeverri, según confesión propia, en el incipit del libro que comentamos: «Yo soy, mar, bien lo sabes, tu discípulo.» Del mar de «Arión», el «mar del colegio, mar de los tejados», se engendra este *Mar de fondo* en un sencillo génesis que parte del ritmo y halla el verso, un verso que es tersa expresión de infinitas secuencias, de añoranzas sin límite, como la que se encierra en el poema titulado «Aun hay islas sin nombre»:

Aún hay islas en el mar, sin nombre.
Puertos adonde nadie
se dirige ni llega, orillas sin hollar
donde no ha habido adioses y naufragios,
ni barcas, ni cantar;
les pondría yo nombres como sombra,
o ruiseñor, o azar.

La voz del hombre no las ha nombrado,
no hay gaviotas que anuncien su presencia

ni cartas que las fijen en el mar;
les pondría yo nombres como alondra,
silencio, pleamar.

Las olas las ocultan en su abrazo
haciendo acopio en ellas de luz y soledad;
viven, como los peces, rodeadas
de aguas, rumor y sal;
les pondría yo nombres como insomnio,
perla, alcor, altamar...

La añoranza y una tenue y muy diluída melancolía traspasan los poemas de la primera parte del libro, en los que el tema del mar salta con una concreta referencia; no así en los de la segunda parte, en los que el mar es alusión, imagen circunstancial, pero de continua trasparencia. Son poemas de amor con presencia de mar en muchas ocasiones:

Eres, como una isla imaginaria,
más hermosa a lo lejos y más vaga:
mi cuerpo te desea
con insistencia, igual que el mar, y llega
a tu playa seguro de evadirse
y de volver, en un eterno juego
de búsqueda y de huída.

O como en el titulado «Sonatina»:

... Como el mar
que hace y deshace imágenes, te alzo
en mi memoria y luego te confundo.

En la tercera parte del libro se encierran cinco poemas que llamaré de ensoñación, ante los que Oscar Echeverri coloca una profunda cita unamuniana para delatar más claramente su intención de recrearse sobre ese soberbio sueño de las piedras de España. Segovia, Cuenca, León y Avila desfilan por el numen creador del poeta, arrancando una serena visión de esas venerables piedras centenarias, víctimas inocentes del carnaval turístico, del que en una buena parte redimen la ecuánime atención de los espíritus delicados, como el de Oscar Echeverri. Al leer estos poemas dedicados al Alcázar de Segovia, a la Ciudad Encantada de Cuenca, a la Catedral de León o a las Murallas de Avila, se siente como una especie de liberación; de que por una vez, al menos, son objeto de la consideración para la que fueron erguidos por la mano de los hombres o el afán de las aguas y los vientos de siglos anteriores. Como, por ejemplo, en los versos finales del «Nocturno de Cuenca»:

Todo se ha dado cita en este sitio:
luz que pasa y queda como el río
y descubre la atmósfera, el silencio;
el río que detiene entre sus ondas
la inminente caída de las casas,
y el ruiseñor que un ángel ha traído
para que fije en un lugar del aire
con su voz, el instante para siempre.

Oscar Echeverri nos muestra a lo largo de esta nueva entrega poética, cómo sin exageradas posturas, cómo sin busca de desmedida innovación, cómo con la eterna palabra sencilla, los temas de siempre pueden volver a ganar lozanía, nuevo acento, expresión que llega a ser renovada. El mar no está cansado, ni la luna gastada de posar para los poetas, ni el amor engendra hastío en su repetición; todo ello está en razón directa a la capacidad de bien decir, y de ésta, que estimo es una de las claves de la poética de Oscar Echeverri, su poesía está sobradamente dotada. La esencia de ella puede que se halle contenida en ese verso de su poema «El que busca la muerte», que dice:

Como un río no puedo contenerme
ni siquiera en los sueños...

Río o torrentera de imágenes ampliamente lúcidas son los poemas que vienen a confluir en este nuevo *Mar de fondo*, de tan significativo título.—ANTONIO AMADO.

MANUEL ALCÁNTARA: *Plaza Mayor*. Colección «Palabra y Tiempo». Madrid, 1961.

La primera parte de este libro trae una cita del *Poema de Mío Cid:* «Lengua sin manos, ¿cuémo osas fablar?» Es éste un verso que obliga, un verso que destruye poltronas, un verso que sofoca y subleva al estatismo, que corrige indolencias. Y precisamente Manuel Alcántara, acaso nuestro poeta más indolente —en sus dos libros anteriores—, ha sido quien eligió ese verso, quien lo situó en un lugar de preferencia, quien lo colocó al frente de estos poemas de viaje. A lo largo del libro leemos interpretaciones o transfiguraciones poéticas de gentes, lugares, ciudades de España. El autor ha bebido con esas gentes, recorrido esos lugares, visitado esas ciudades. Si todo hubiera quedado aquí, en un turismo externo, en una serie de viajes bajo el signo de la visita, esa frase del *Poema de Mío Cid* estorbaría a los poemas que le sobrevienen, incluso los avergonzaría —porque esos poemas serían de otra naturaleza—. Pero el viajero no se ha limitado a transitar, pasear y anotar España: la ha sufrido también. Ha escuchado la injuria de sus sequías, ha advertido el abandono casi isleño de algunos de sus parajes, se ha

asombrado ante lo decimonónico de algunas de sus aldeas, ha visto el sudor de sus campesinos ante la impotencia de sus herramientas de trabajo, el estoicismo impuesto a los ancianos regionales, la desolación de largos llanos que el verano estrujaba. Después, el viajero ha regresado a su casa, se ha sentado a la mesa y, sobre la mesa, ha imaginado a España:

Aceitunas y espacio, muerte y muerte,
España,
sobre la mesa estás,
desmantelada.

Retóricos azules,
piedras desmemoriadas,
gentes buscando
los atajos del agua.

En el sitio del pan,
en la hora de comer, aquí sentada
estás, madre de tierra, más morena,
más triste que en las últimas semanas,
con tu pañuelo negro en la cabeza,
pensando en hijos, cátedra de lágrimas,
valiente como siempre y bien dispuesta,
acaso un poco más cansada.

Entonces el viajero mira una vez más su mesa, todo aquello que sobre su mesa ha depositado la memoria de su viaje, mueve un poco la cabeza sin sonreír, se levanta, busca un libro, regresa con él abierto, elige un verso con el que se hiere los dedos y lo sitúa presidiendo las voces de los habitantes de la mesa, voces que ya son algarabía. El verso, escrito hace unos cuantos cientos de años, clama, impugna, educa, dice: «Lengua sin manos, ¿cuémo osas fablar?»

Contra los últimos adoradores del privilegio, contra todos cuantos tienen puestas la viejas, las atávicas e intolerables gafas de celofán, que imprimen al país un hermoso y embustero color, y en general contra todas las lenguas sin manos, es significativa esta forma de citar nuestros viejos textos, forma que ya supone una adopción. Pero aún más significativo (y es lo que presta a esta adopción su veracidad) es que tal adopción sea defendida por el poeta —como dije antes— más indolente de su generación. Manuel Alcántara pudo decir un día: «Tumbarse a ver qué pasa, eso es lo mío»; años después hacía más sustantiva aún esta pereza o este desengaño:

Cuando termine la muerte,
si dicen a levantarse,
a mí que no me despierten (1).

(1) *El desembarcadero.* Madrid, 1958.

Pero (como quizá las corrientes de general apatía, aliadas, claro está, a su apatía personal, conformaran entonces su pereza) las actuales corrientes de efervescencia social conforman ahora unas manos para su lengua e inyectan un líquido revulsivo en su esencial pereza. El antiguo desengaño que mediatizaba las palabras de M. A. se siente ahora un poco más incómodo: se ha medido con el desengaño. En las regiones secas, en las aldeas cuya historia vive cuesta arriba, en los campos duros, en los rostros «craneados de labor», casi sin ojos, casi todo cráneo, el desengaño pesaba demasiado. Frente a él había que releer este verso del *Poema de Mío Cid;* había que releerlo, traerlo con nosotros, mirar a su través desde las ventanillas de los trenes, medir con él la longitud de la vida de muchas gentes, situarlo a la cabeza de esas transfiguraciones que forman el libro; y había que repetirlo al final de tal libro con estas palabras:

Faltan brazos y pueblo. Sobra gente.
Dicen que no hay manera. Pero habría.
Ruedo ibérico. Sangre en romería.
La piel de un toro de cuerpo presente.

En cuanto a la autenticidad de la adopción que este tránsito de la indolencia a la impugnación presupone, desechamos toda desconfianza: la pereza de Manuel Alcántara era demasiado profunda para tomarse la molestia de mentir. Además, acaso la duda sea la antítesis de la acción (me refiero a la duda esencial, total, biológica; porque quizá convenga a la acción un poco de duda), pero no lo es la indolencia. Esta, desde su silla, nunca deja de cumplir su oficio: mirar. Tal vez, en el caso de este poeta, la indolencia, el oficio de mirar, haya posibilitado muchas de las visiones; después, la natural pasión del poeta ha rodeado de amor el contorno de esta visión. Y el amor es, ante todo, una defensa. Veámoslo mirando y amando:

En esta orilla
se acaba España.
¡Qué bien termina!
.....
No es infinita
la pobre España
y aquí termina.
¡Qué bien termina!

La mirada y su consecuencia, el amor. En citas anteriores hemos visto la consecuencia del amor: la defensa.—FÉLIX GRANDE.